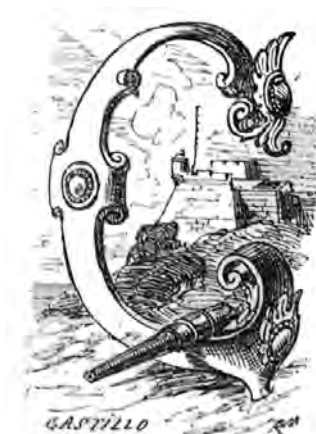


# LA ESCUELA NAVAL MILITAR Y SU MISIÓN INALTERABLE DE FORMAR EN VALORES

Marcial GAMBOA PÉREZ-PARDO



UANDO hace unos meses se me brindó la oportunidad de colaborar con un artículo para la REVISTA GENERAL DE MARINA en el próximo número monográfico dedicado al tricentenario de la creación de la Real Compañía de Guardiamarinas, aparte de aceptar honrado y agradecido, no pude evitar que mi pensamiento volara rápidamente a aquella mañana del 29 de julio del 2009 en la que me despedía en el Cuartel General de la Armada del entonces AJEMA, almirante general Manuel Rebollo García, por tomar el mando de la Escuela Naval Militar dos días después.

Recuerdo, como si fuese hoy, sus últimas palabras cuando me retiraba de su despacho: «Y ten siempre muy presente que la misión de la

Escuela Naval, aunque vayamos a abordar un plan de carrera tan novedoso, permanece inalterable, pues no es otra que la de continuar formando buenos oficiales de Marina».

Esta acertada orden mantuvo mi pensamiento ocupado durante todo el viaje a Marín... y también los tres años siguiente, en los que me preguntaba constantemente: ¿cuál es el pilar fundamental en el que descansa la formación que recibimos en la Escuela Naval?, ¿por qué durante trescientos años, ya sea en la Real Compañía de Guardiamarinas, Colegio Real Militar, Colegio Naval Militar, Escuela Naval Flotante o en la Escuela Naval Militar, la Armada ha formado siempre buenos oficiales de Marina? Mi conclusión siempre era, y es hoy, la misma: porque la base en la que se sustenta la formación integral que recibimos durante nuestra permanencia en ella, con independencia del plan de carrera en vigor, permanece inalterable: proporcionar al alumno una sólida formación en valores.



Patio de Aulas. (Foto: ENM).

Y dado que esta es la idea principal que motiva el título de este artículo, podría terminarlo aquí mismo... Sin embargo, me van a permitir el atrevimiento de que continúe escribiendo unas cuantas líneas más con el propósito de compartir unas breves reflexiones.

Hay un pensamiento atribuido al escritor español de nuestro Siglo de Oro Mateo Alemán que dice así: «La juventud no es un tiempo de la vida, es un estado del espíritu». Porque si bien es cierto que el paso de los años conlleva un inevitable avance en la natural decrepitud y naturaleza física de los hombres, no sucede ciertamente lo mismo en el orden espiritual con aquellas instituciones que, impulsadas con convicción, creatividad y dinamismo, saben mantenerse jóvenes en el tiempo bajo el amparo que ofrece, como marco de desarrollo de una evolución controlada, la tradición.

La tradición entronca el pasado y el presente, la historia y el ser. Tradición, entendida como legado vivo de unas raíces históricas y fruto de una herencia espiritual. Tradición, que no es añoranza del pasado, sino la fuerza que permite la proyección hacia el futuro deseado.

Definición de ser y sentirse orgulloso de lo que se es y de lo que se representa a través de los tiempos. La tradición, así entendida, hace que lo tradicional sea siempre verdadero, y para que sus dimensiones, tanto en lo material

como en lo espiritual, impongan carácter en una institución y sean comprendidas y establecidas requiere de dos elementos determinantes: convicción y tiempo: convicción de que lo que la práctica está imponiendo como tradición es bueno a la totalidad; tiempo porque al haber mucho de costumbre en lo tradicional, su eficacia solo arraiga cuando transcurre un ciclo lo suficientemente largo para valorarla con perspectiva.

Por cuanto antecede, la Escuela Naval Militar es heredera de una gloriosa tradición que, desde la fundación de la Real Compañía de Guardiamarinas en 1717, ha sabido mantenerse, con convicción, como una institución dinámica y joven de espíritu que se ha adaptado a lo largo de los siglos a las necesidades y signos de los tiempos, pero siempre con un mismo objetivo: la



Sables. (Foto: ENM).

búsqueda de la excelencia en la formación de los oficiales de la Armada española. Un centro de excelencia donde se presenta a sus alumnos un modelo de vida militar y marinera que merece la pena ser vivido a pesar de los sacrificios y renuncias que lleva consigo. Así ha sido a lo largo de sus tres siglos de historia y así debe continuar en el futuro.

Y en este proceso continuo de adaptación a los signos de los tiempos, y alineándose con la tendencia del resto de los países aliados de nuestro entorno, se enmarca el esfuerzo de implantación del actual modelo de Enseñanza de Formación de Oficiales, derivado de la Ley de la Carrera Militar, que dispone la obtención de un título de Grado Universitario del Espacio Europeo de Educación Superior como requisito previo para obtener el nombramiento de oficial.

Para ello, durante estos años, se ha trabajado intensamente —en muy estrecha y fluida coordinación con el Centro Universitario de la Defensa ubicado en la Escuela— en el cometido de desarrollar y ejecutar un plan de carrera



(Foto: ENM).

que, además de proporcionar una titulación de grado universitario en Ingeniería Mecánica, también asegure una completa formación militar, naval y en valores, para así continuar con la misión de la Escuela Naval de preparar los oficiales que la Armada necesita: oficiales con las cualidades militares, intelectuales, morales y físicas necesarias para ser marinos, líderes, técnicos y dotados de una sólida base científica y humanística.

Y puesto que la misión fundamental de la Escuela Naval permanece inalterable, se ha realizado un gran esfuerzo para adaptar en el mayor grado posible las distintas actividades y necesidades que se requieren para ello, acomodando nuestros métodos de enseñanza a los requisitos del Espacio Europeo de Educación Superior, avanzando en el Proceso de Evaluación Conti-

nua de nuestros alumnos, en la consolidación del Plan de Acción Tutorial, en la implantación de un Plan de Formación de Líderes, en el aprendizaje de idiomas o sacando partido de los importantes avances en la comunicación entre todos los miembros de la comunidad académica, tanto de nuestra Escuela como de las universidades, nacionales y extranjeras, aprovechando las facilidades que ofrecen las tan manidas «nuevas tecnologías».

Los resultados obtenidos hasta el momento han sido, sin falso triunfalismo, francamente buenos. Por ello, es de justicia reconocer al profesorado de la ENM, de ayer y de hoy, su trabajo y dedicación y exhortarles a que tengan siempre presente la trascendencia de su cometido, que no es otro que el de preparar intelectual, moral y espiritualmente a los futuros oficiales para el ejercicio de sus funciones una vez salgan de la Escuela. Y para lograrlo, la clave reside en que han de constituir con su testimonio un ejemplo permanente de entrega, exigencia, competencia profesional y calidad humana.



Espíritu de equipo. (Foto: ENM).

Y es que los pilares fundamentales sobre los que se sustenta la esencia de lo que debe ser un oficial de la Armada son su preparación intelectual, moral y espiritual.

La preparación intelectual se relaciona con la razón, con el pensamiento lógico, lo que obliga al oficial de Marina, ante una sociedad que cambia con asombrosa velocidad, a mantener una mentalidad ágil, abierta y flexible. Es necesario, pues, mostrar una inclinación permanente al estudio y a la formación técnica. Profundizar en las distintas materias, ahondando en sus principios, con el convencimiento de que cuanto más se reflexione más fácil resultará llegar a la esencia de los problemas y, como consecuencia, se estará más preparado para dar el paso intelectual de la teoría a la práctica.

Y en este plano práctico, la actuación debe regirse por una inteligencia rápida basada en la razón, con apreciaciones claras, ordenadas y sencillas que permitan apreciar con prontitud las situaciones a las que se debe unir para alcanzar el éxito, la experiencia, el espíritu de iniciativa y la capacidad de sacar ventaja de las situaciones que se presenten.

Sin embargo, es forzoso añadir que la preparación científica e intelectual no es suficiente por sí sola para un oficial de Marina. Las acciones en las que

se empeñan las Fuerzas Armadas obligan a desarrollar líneas de conducta en empresas altamente influenciadas por factores personales y humanos, en situaciones habitualmente complicadas y para las que es necesario apoyarse en el otro pilar fundamental, el que ofrece la preparación moral y del espíritu. Reflexionemos ahora, muy someramente, sobre algunas de las cuestiones del corazón y de la ética que deben acompañar a todo oficial de la Armada.

Aparte de los valores intemporales que están grabados en letras de oro en el patio de aulas de la Escuela Naval, esenciales para la eficacia de nuestra Institución: HONOR, VALOR, DISCIPLINA, LEALTAD, hay otros que, por resultar fundamentales y complementarios con la preparación intelectual, merecen una rápida reflexión.

En primer lugar, nos referiremos a la INTEGRIDAD. Sin ella nuestra actuación carecería de la necesaria credibilidad. Tener integridad es poseer un sistema de valores bien fundado y ponerlo en práctica a diario. Es tener suficiente coraje para vencer las debilidades propias y para cumplir con nuestros cometidos lo mejor que podamos.

En el centro de la integridad está el CONOCIMIENTO PROPIO, el discernimiento de uno mismo. Evaluarnos constantemente para conocer nuestras fuerzas y debilidades, nuestras capacidades y limitaciones, para desarrollar las



Formando equipo. (Foto: ENM).

cualidades propias y corregir defectos. Este proceso de evaluación continua posibilita el acrecentar la autoconfianza.

**HUMANIDAD**, por cuanto es la actitud, la cualidad, el arte de cuidar, tanto profesionalmente como personalmente, a nuestros compañeros, máxime si son subordinados. Esta cualidad, consustancial con el compañerismo, a medida que se va ganando en antigüedad y responsabilidad ha de ser un motivo de preocupación constante que redundará en la motivación y en el rendimiento. Esforzarse en cultivar la propia personalidad, practicar el autocontrol para prevenir manifestaciones de ira e intemperancia, ser comprensivos con los demás, no está reñido ni con la firmeza ni con la exigencia y constituye un estímulo en la búsqueda de la propia superación personal.

**PRUDENCIA**, por ser una virtud que modera y gobierna las acciones del hombre y marca la pauta de lo que se debe hacer en cada ocasión para proceder correctamente. Permite distinguir lo bueno de lo malo, lo que tiene posibilidades de éxito de lo que está condenado al fracaso. Prudencia que nunca debe ser confundida con inmovilidad, temor o indecisión y cuyo peor enemigo es la soberbia, que lleva a la sobreestimación propia y a la exageración de las capacidades y dotes personales.

**HUMILDAD**, que significa capacidad para ofrecer ayuda impersonal y que no ha de entenderse nunca como una falta de personalidad, sino de tratar de no destacar con egoísmo, de comprender los puntos de vista de los demás y de trabajar calladamente día a día, «sin concesiones a la galería», con el convencimiento de que el esfuerzo y el sacrificio siempre dan, tarde o temprano, sus frutos.

Y como complemento de todas las virtudes anteriores, la **LEALTAD**. Ser leales con nuestros principios, con nuestros subordinados y superiores y, en definitiva, con nosotros mismos.



(Foto: ENM).

Siempre se ha dicho, y a mi juicio con razón, que la lealtad es la virtud castrense por antonomasia porque es la base de toda perfección natural y representa la rectitud y la verdad en acción. Por ello es indispensable que la lealtad sea omnidireccional en su proyección y pluralista en su acepción.

Lealtad de abajo arriba, porque esta proyección genera confianza y, en consecuencia, eficacia.

Lealtad en el mismo nivel porque esta proyección incrementa el compañerismo y por tanto facilita el trabajo en equipo. Lealtad de arriba abajo porque esta proyección es la base del prestigio, y sin prestigio es muy difícil, si no imposible, mandar.

La Escuela Naval Militar ha cumplido sus «primeros» 300 años de existencia; han sido muchos los planes de carrera que se han impartido en sus aulas en este tiempo, pero la misión de formar a sus alumnos en valores, por cuanto es depositaria de un legado intemporal, permanece inalterable. Legado de una larga fila de marinos que nos han precedido en la apasionante tarea de servir a España en la Armada hasta sus últimas consecuencias. Legado cuyo espíritu, si fallamos o nos desviamos de nuestra derrota, removería nuestras conciencias con los valores en los que descansa la esencia de lo que somos y representamos: tradición, honor, compañerismo, deber, amor a la Patria... que han de marcar nuestra actuación por encima de todo interés personal y permitir que se reconozca por ser intachable, honesta e íntegra.

Comenzaba estas líneas con un pensamiento en el que hacía mención a la juventud como un estado del espíritu; me gustaría poner punto final con otro pensamiento extraído de la *Oración del Comodoro*, en el que se reflexiona que uno es tan joven como la confianza que tiene en sí mismo, como su esperanza y como su ilusión...

Creo, sin temor a equivocarme, que en esta importante efeméride que celebramos, la Escuela Naval Militar ha alcanzado su tricentenario con confianza, ilusión y esperanza y, precisamente por ello, no es aventurado afirmar que se siente, más que nunca, joven de espíritu, dinámica, fiel depositaria de sus tradiciones y empeñada en construir un mañana mejor sin perder de vista el legado del pasado, pues, como nos recuerdan los versos de Antonio Machado:

«Está el ayer alerta al mañana,  
mañana al infinito,  
hombres de España, ni el pasado ha muerto,  
ni está el mañana,  
ni el ayer escrito.»